

El yo espejo

Charles Horton COOLEY*

(Traducción de Eva ALADRO)

(Abstracts y palabras clave al final del artículo)

Propuesto: 7 mayo 2005

Aceptado: 8 mayo 2005

El impulso de comunicar no es el resultado del pensamiento, sino una parte inseparable del mismo. Son dos cosas como la raíz y la rama de un árbol, dos fases de un crecimiento común, de modo que la muerte de una de ellas implica necesariamente la de la otra. Los psicólogos nos enseñan que el pensamiento incluye un impulso activo en su propia naturaleza, y que dicho impulso, en las formas más complejas y socialmente desarrolladas de pensamiento, toma la forma de la necesidad de comunicarse, de escribir, de

* C.H.COOLEY (1864-1929) es uno de los pioneros del estudio de la comunicación social, uno de los padres fundadores de las ciencias de la comunicación y la sociología. Perteneció a la Escuela de Chicago, junto con otros nombres legendarios como Charles S. PEIRCE, George Herbert MEAD o William I. THOMAS. Su obra principal, *Human Nature and Social Order* editada en 1902, mostró la nueva sociología norteamericana, muy inspirada por el enfoque de SIMMEL, y en la psicología de JAMES pero con su propio impulso creativo que la acercaba al análisis de la comunicación interpersonal y que fructificaría en el interaccionismo y la visión psicológica de la comunicación que tantos frutos ha dado en aquel continente. Su visión de la vida social como dimensión cruzada a la vida cultural, y la influencia esencial de esta última en la formación de la personalidad madura ha sido una idea clave para la propia consolidación de la reflexión social. El autor es de una profunda modernidad, y llega más lejos que muchos otros autores posteriores en cognición y comunicación social. Publicamos por primera vez a COOLEY en español, con este fragmento crucial de su obra (New, York, Scribner, 1902, fragmentos del capítulo 3 (pp. 92-98 y 114-126, y del capítulo 4 pp. 179-185). Podemos rastrear en estas ideas las investigaciones posteriores del interaccionismo sobre la construcción cognitiva del yo. La influencia del mundo imaginario en la comunicación social, su teoría del yo espejo, así como su concepto del grupo primario, fueron claves vitales para todas las teorías posteriores.

pintar, etc, y que, si no encuentra forma de hacerse práctico, se expande a sí mismo en una comunicación completa imaginaria.

MONTAIGNE, quien comprendió la naturaleza humana mucho más de lo que nadie lo consiguiera, afirma: “para mí no hay placer sin comunicación: no hay idea brillante que se me presente a la mente, que no me entristezca haber producido solo, y que no tengo nadie a quien contársela”. Y es dudoso, porque él tuvo muchos pensamientos que nadie podía apreciar, y que decidió escribir en ensayos. Las personas incomprensibles de todos los tiempos y naturalezas han escrito diarios por la misma razón. Así pues, en general, un verdadero impulso creativo en literatura o arte es, en cierto aspecto, la expresión de una simple e infantil necesidad de pensar en voz alta o para alguien, para definir y vivificar el pensamiento al compartirlo con un compañero imaginario, desarrollando ese elemento comunicativo que pertenece a su auténtica naturaleza, y sin el cual no puede vivir ni crecer. Muchos autores han confesado que piensan en alguna persona al escribir, y yo me inclino a creer que siempre es más o menos así, aunque el mismo escritor no se dé cuenta de ello. Emerson dice en algún lugar, “el hombre es la mitad sí mismo y la otra mitad su expresión” y esto es literalmente cierto. El hombre llega a ser a través de algún tipo de expresión, y no tiene existencia superior aparte de ésta, ya sea real o imaginaria, pues se repite en toda su vida.

Hombres aparentemente solitarios como Henry David THOREAU son los mejores ejemplos de la inseparabilidad del pensamiento y la vida respecto a la comunicación. Ningún lector adepto a sus obras dejará de ver que el autor adoraba los bosques y campos no por una falta de sociabilidad, sino precisamente por su sensibilidad tan refinada que le impelía a dejarla reposar y a protegerla con un modo peculiar de vida, y expresándola a través de la vía indirecta y considerada de la literatura. Ningún hombre trabajó más apasionadamente en su vida para comunicar, para dar y recibir la expresión adecuada. Así puede leerse entre líneas en todos sus trabajos, y así lo dejó escrito en su diario: “Lo más valioso de mi vida lo daría yo a los hombres con gusto, les comunicaría realmente mi más precioso don. Sacaría las perlas más secretas de sus conchas y extraería con las abejas la miel para ellos, recogería los rayos de sol para ponerlos en manos del bien público. No conozco riqueza alguna que quisiera guardar para mí. Carezco de otro bien privado que no sea esta peculiar habilidad para servir al público. Es mi única propiedad individual. Todos podemos tener estas inocentes riquezas. Esta perla, yo la guardo y alimento hasta que ha crecido. Deseo comunicar aquellas partes de mi vida, las cuales volvería a vivir alegremente”. Estas palabras muestran, creo, una justa noción de la relación existente entre individuo y sociedad,

entre privacidad y mundo público. Sin duda que en THOREAU hay mucha y muy sólida sociología.

Si, por lo tanto, la necesidad de compartir es de carácter esencial y primordial, no podemos pensar en ella como algo separable o adicional a la necesidad de pensar o de ser, pues precisamente por la necesidad de compartir es como nos habilitamos para pensar o para ser. Todos, cada uno en proporción a su vigor natural, necesariamente luchamos por comunicar a los otros esa parte de nuestra vida que intentamos desplegar en nosotros mismos. Es una cuestión de supervivencia propia, pues sin expresión el pensamiento no puede vivir. La conversación imaginaria, esto es, la conversación sin el estímulo de una respuesta visible o audible a ella, puede satisfacer las necesidades de la mente durante mucho tiempo. Sin duda que sobre la comunicación real, más restrictiva, la imaginación tiene una serie de ventajas por su capacidad de impresión y su vigor constructivo, porque a través de ella las ideas pueden tener un desarrollo claro y más independiente del que se daría ante la crítica o la oposición que constantemente la molestaran. Así los artistas, hombres de letras y mentes productivas prefieren mantener sus creaciones para sí mismos hasta que no están completamente maduras. Pero después la respuesta debe llegar en algún momento, o si no el pensamiento perecerá. La imaginación, con el tiempo, pierde el poder de crear un interlocutor si no se ve reforzada con una experiencia nueva. Si el artista no encuentra quien aprecie su libro o su pintura, difícilmente será capaz de producir otro.

Las personas difieren mucho en la vividez de su sociabilidad imaginativa. Cuanto más simple, concreto, dramático es el hábito mental, más necesita el pensamiento la realidad de una conversación con un interlocutor visible o audible. Probablemente las mujeres, por regla general, tienen esta necesidad más vívida que los hombres, las personas iletradas la precisan más que aquellos entrenados en el pensamiento abstracto, y las personas que llamamos emotivas dependerán de ello más que los impasibles. Por otro lado, el interlocutor imaginario es un personaje mutable que puede representar a la última persona de fuerte carácter con la cual hallamos estado en contacto. Por ejemplo, yo he notado que cuando me pongo a leer un libro después de haber estado hablando con una persona de carácter decidido e interesante, me parece oír las palabras que leo en su voz. Lo mismo ocurre con las opiniones, las reglas morales, y otras cosas, así como con los rasgos físicos. Es decir que el interlocutor, creado a partes iguales con pensamiento y con vida extrae sus rasgos del entorno que nos rodea.

Es necesario resaltar aquí que no hay diferencia entre las personas reales y las imaginarias, y sin duda, ser imaginado es convertirse en real, en un sentido social de la cuestión, como explicaré ahora. Para una mente imaginativa, una persona invisible puede ser más real que una persona de carne y hueso, pues la presencia sensible no es una cuestión de primera importancia necesariamente. Una persona puede ser real para nosotros sólo en tanto la imaginamos en una vida interior que existe en nosotros, en esa situación, y que se refiere a ella. La presencia sensible es importante en cuanto nos estimula para hacer precisamente eso. Todas las personas reales son imaginarias en este sentido. Si por el contrario entendemos por imaginario lo ilusorio, una imaginación que no se corresponde con los hechos, es fácil comprobar que a dicho fenómeno no lo limita una presencia visible. Yo puedo toparme, en el vapor, con un extraño que me arrincona y se pone a contarme su historia privada, que a mí no me interesa, y puede que él intuya que es así, y me utiliza simplemente como figura para sostener la agradable ilusión de la simpatía, y en realidad está hablando con un compañero imaginario, el mismo que yo represento y que cualquiera podría representar. Las buenas maneras como éstas son así en gran medida un tributo al compañerismo imaginario, un hacer creer la simpatía que es agradable aceptar como real, aunque sabemos, cuando lo pensamos, que no es así. Concebir un compañero simpático y aprobador es algo que involuntariamente intentamos, siguiendo ese instinto hedonista que aparece en todos los procesos mentales autónomos, y mostrar ante ello al menos la apariencia de un aprecio amistoso se considera parte de la buena crianza. Ser siempre sincero supondría destruir brutalmente este placentero y casi inofensivo producto de la imaginación.

...../.....

Este asunto nos lleva a la imaginación sensible, esos símbolos personales que ya hemos mencionado, los cuales han servido de puente para entrar en otras mentes y a través de ese proceso hemos enriquecido las nuestras propias. Hemos ido superponiendo elementos para ese proceso mental, pero siempre necesitamos una ayuda para acceder a él y poder usarlo y hacerlo crecer, y esa ayuda normalmente consiste en algo visible o audible, conectado con esos elementos encadenados en el pasado, y que ahora actúa como una llave que los desbloquea. Así, el rostro de un amigo tiene poder sobre nosotros de igual manera que la visión de una bandera del país de uno o el estribillo de una vieja canción, pues todos ellos arrancan un tren de pensamiento, levantan el telón de una experiencia íntima. Dicha presencia no consiste en la carne que pesa sobre una silla cercana, sino en los pensamientos que se amalgaman en torno a un símbolo de esa persona, sea tangible o sea de otro tipo. Si una persona es más ella misma en sus cartas escritas que hablando de viva voz,

estará más presente para mí cuando yo lea su correspondencia que cuando la vea y la oiga frente a mí. Y en muchos casos un escritor favorito está más presente en sus libros de lo que hubiera podido estar en carne viva, pues siendo escritor, habrá perfeccionado y estudiado este modo particular de encarnación personal, probablemente en detrimento de los otros modos. Puede que como curiosidad quiera yo ver en un momento dado el aspecto de aquella persona cuyos escritos admiro, pero no espero que un intercambio con él en ese otro plano vaya a ser más provechoso.

El mundo del sentimiento y de la imaginación, el del más fino y cálido pensamiento, es fundamentalmente un mundo personal, es decir, está tejido inextricablemente con símbolos personales. Si intentamos pensar en una persona, veremos que lo que constituye nuestro pensamiento está formado principalmente por sentimientos que conectamos con su imagen, y por otra parte, si intentamos recordar un sentimiento determinado, veremos que con él vienen símbolos de las personas que los han provocado. Pensar en el amor, la gratitud, la piedad, la pena, el coraje, la justicia, y otros similares, implica pensar en la gente que tiene esos sentimientos o a la que esos sentimientos van dirigidos. Así la justicia viene a colación cuando pensamos en WASHINGTON, la afabilidad cuando recordamos a LINCOLN, el honor con la persona de Philip SIDNEY, etc etc. La razón para esto, como ya hemos indicado, está en que el sentimiento y la imaginación se generan, en su mayor parte, en la comunicación viva, y así ocurre con las imágenes personales que por asociación original y necesaria van unidas unas con otras, de modo que no tienen existencia separada excepto lo que nuestras formas de hablar dan a entender a veces. Las ideas que palabras como modestia o magnanimidad representan, nunca pudieron formarse al margen del intercambio social, y sin duda no son otra cosa que aspectos recordados de esos intercambios. Para vivir esta vida superior, por tanto, debemos vivir con otros, con la ayuda de su presencia visible, con la lectura de sus obras, y recuperando en la imaginación estos o aquellos símbolos suyos. Perder nuestra actividad con todos ellos, por ejemplo por causa del aislamiento prolongado, o por la decadencia de la imaginación que la enfermedad o la mucha edad provocan, supone caer en una vida meramente sensorial y de crudo instinto.

Hasta ese punto está el estudio de las relaciones sociales inmediatas relacionado con las ideas personales del individuo. Ésta es, dicho de otro modo, la única forma en que un hombre existe para otro y actúa directamente sobre su mente. Mi asociación contigo consiste evidentemente en la asociación de una idea de ti y el resto de mi mente. Si hay parte de ti que no está representada por esa idea, y que no ha impresionado mi mente, no tendrá

realidad social en nuestra relación. La realidad social inmediata es la idea personal, nada debería ser más obvio que esto.

La sociedades son, por tanto, en su aspecto más inmediato, una relación entre ideas personales. Para que exista sociedad es necesario que las personas se pongan de acuerdo en algo, que pongan de acuerdo sus ideas personales en sus mentes. ¿Dónde si no? ¿Qué otro lugar posible podríamos asignar al contacto real entre personas, o de qué otro modo podrían entrar en contacto ellas, si no es como impresiones o ideas formadas en ese común lugar? La sociedad tan sólo existe en mi mente como contacto y mutua influencia de ciertas ideas llamadas "Yo", Thomas, Henry, Susan, Bridget, etc. En tu mente, este es un grupo que existe de modo parecido, como existe en toda mente. Todas las personas somos inmediatamente conscientes de un aspecto particular de la sociedad, y si además somos conscientes de grandes totalidades sociales, como la nación o la época, es porque hemos adoptado ideas particulares o sentimientos que atribuimos a nuestros estadistas o a nuestros contemporáneos en su aspecto colectivo. Para ver esto me parece necesario que nos deshagamos de modos vagos de pensar que no contienen concepciones en su interior que soporten la crítica, y que miremos a los hechos tal y como los conocemos por nuestra propia experiencia.

Pero todos nosotros, quizás, hallaríamos difícil admitir que la persona social es un grupo de sentimientos asociados a un símbolo o elemento característico, que los mantiene unidos y a partir del cual se nombra la idea del conjunto. La razón para esta repulsión es a mi juicio la de que estamos acostumbrados a hablar y a pensar, al menos en este contexto, como si la persona fuera algo material en lugar de ser más bien un hecho psíquico. En lugar de basar nuestra sociología o nuestra ética en el hombre real como parte de nuestra vida mental y moral, lo contemplamos vaga y sin embargo groseramente como un cuerpo material penumbroso, un órgano de carne, y no como un objeto ideal en absoluto. Pero sin duda el sentido común sostendrá que la realidad social y moral es aquella que vive en nuestras mentes y que afecta a nuestras motivaciones. El componente físico es simplemente el más plástico, agradable y mentalmente significativo de una imaginación que los ha creado, y con él fundamentalmente ha cristalizado un núcleo o centro de sentimiento. Pero en lugar de percibir esto, a menudo hacemos del físico el factor principal, pensando en los aspectos mental y moral como en vagas analogías de aquél.

Las personas y la sociedad deben por lo tanto ser estudiadas primeramente como realidades imaginarias. Es seguramente verdad, *prima facie*, que la mejor manera de observar las cosas es aquella más directa; y nadie se opondrá

al hecho de que conocemos directamente a las personas a través de las ideas imaginativas de nuestra mente. Éstas son las más vívidas de nuestras experiencias, y son observables como cualquier otro objeto, aunque se trate de un tipo de observación de la que no hemos desarrollado una precisión sistemática. La observación de los aspectos físicos, aún cuando sea importante, es subsidiaria para los propósitos sociales: no hay modo de pesar o de medir a los hombres que no sea una pálida luz arrojada sobre su personalidad. Los factores físicos más significativos son esos rasgos de expresión huidizos de los que hemos hablado ya, en cuya observación e interpretación la ciencia sólo ayuda indirectamente. Por ejemplo, ¿qué rasgo físico exacto o peso y medida, incluida la anatomía de su cerebro, podría explicarnos el carácter de NAPOLEÓN? Ningún procedimiento desarrollado por la ciencia lo distinguiría suficientemente de los rasgos de un imbécil. Nuestro verdadero conocimiento de él proviene de los informes acerca de su comportamiento y forma de actuar, de sus disposiciones legislativas y militares, de la impresión causada en quienes lo conocieron y que nos la han comunicado a nosotros, de sus retratos y otros documentos, todos elementos que sirven de ayuda para formar un sistema en nuestra imaginación al que podemos llamar con su nombre. No quiero en absoluto desacreditar el estudio del hombre y la sociedad que se apoya en las mediciones físicas, como por ejemplo el de los laboratorios psicológicos, pero creo que estos métodos son indirectos, auxiliares en su naturaleza, y que deben ser usados conectados con una imaginación entrenada.

Concluyo, por tanto, que las imaginaciones que las personas tienen los unos de los otros son *los hechos sólidos* de una sociedad, y que su estudio e interpretación debe ser el objetivo principal de la sociología. No quiero decir con ello que el estudio de la sociedad sólo se haga a través de la imaginación –sin duda algo cierto para los más altos objetivos de todos los investigadores– sino que el *objeto* de estudio es primariamente una idea imaginativa o grupo de ideas alojadas en la mente, que nosotros usamos para crear nuestras imaginaciones. La más certera garra del brazo social será aquella que requiera la adivinación de lo que los hombres piensan los unos de los otros. La caridad, por ejemplo, no se entenderá si no tenemos en mente la idea que el receptor y el dador tienen cada uno del otro, para entender el homicidio debemos concebir lo que el ofensor piensa de su víctima y de los administradores de la ley, la relación entre trabajador y empresa es cuestión sobre todo de la actitud personal que debemos intentar captar con simpatía para ambas partes, y así sucesivamente. En otros términos, queremos llegar hasta los motivos, y los motivos surgen de las ideas personales. De hecho, no hay nada nuevo particularmente en esta perspectiva; los historiadores, por ejemplo, han asumido siempre que entender e interpretar las relaciones personales era su

principal objeto de estudio, pero ha llegado el momento de hacer esto de un modo más sistemático y penetrante. Todo cuanto pueda usarse para evitar la introducción de “personalidades” frívolas y desconectadas en la historia será justo, pues la comprensión de la persona es el objetivo de ésta y de todas las ramas del estudio social.

Es importante enfrentarse a la cuestión de que existen personas que no tienen realidad corpórea, como por ejemplo los muertos, los personajes de ficción o de drama, las ideas de dios y otros similares. ¿Son éstos seres sociales, miembros de la sociedad? Yo diría que si los imaginamos, es que así es. Sería absurdo negarle realidad social a Robert Louis STEVENSON, quien está más vivo en muchos aspectos y afecta más potentemente a nuestros pensamientos y conducta en ciertas fases que otras personas de carne viva. Ciertamente él es más real en este sentido práctico que muchos de nosotros que no hemos perdido aún nuestra corporeidad, incluso puede que esté más vivo ahora que cuando él mismo tenía vivo su cuerpo, dada su extensa influencia. Y así el Coronel Newcome, o Rómulo, o Hamlet son reales para el lector imaginativo, con la realidad más auténtica posible, ésa que actúa directamente sobre nuestro carácter personal. Y lo mismo es cierto respecto a los seres sobrenaturales que perviven en las tradiciones de todos los pueblos, ¿Qué sería de nuestra sociedad, o de cada uno de nosotros, si solamente se asociara ésta a nuestra persona corporal, y todo el que quisiera participar en ella tuviera que probar que puede hacer oscilar la báscula o proyectar su sombra?

Por otra parte, una persona corpórea existente no es real hasta que no es imaginada socialmente. Si el noble no piensa en el sirviente como en un ser humano que piensa y siente, sino que lo considera un mero animal, el siervo no será real para él en el sentido de actuar con su consciencia y mente. Y si un hombre emigra a un país extranjero y permanece oculto de todos, de modo que nadie sabe que está allí, esa persona evidentemente no tendrá existencia social para los habitantes de ese país.

Espero que con esto no parezca que pongo en duda la realidad independiente de las personas, o que las confundo con las ideas personales. El hombre es una cosa y las diversas ideas en torno a él son otra, pero la idea personal es una realidad social inmediata, es el objeto por el cual existen un hombre para el otro, e influyen directamente en nuestras vidas. Así un estudio de la sociedad que no se base firmemente en el análisis de las ideas personales estará vacío y muerto, será mera doctrina y no conocimiento en absoluto.

Creo que la vaga noción material de personalidad, que no se opone frontalmente al hecho social pero que lo considera una analogía del hecho físico, es una fuente inagotable de pensamientos falaces en ética, en política y en todos los aspectos de la vida personal y social. Parece subyacer a los cuatro modos de concebir la relación entre individuo y sociedad que hemos visto en el primer capítulo y que considerábamos falsos. Si la persona es concebida primariamente como una forma material aislada del resto, habitada por pensamientos y sentimientos concebidos por analogía como igualmente aislados de los demás, entonces la única manera de que la sociedad se desarrolle es adhiriéndonos a una nueva forma de socialismo, de sociabilidad, de altruismo, etc etc. Pero si partimos de la idea de que la persona social es primariamente un hecho mental, y la observamos ahí, hallaremos sorprendentemente que no tiene existencia por separado de una totalidad mental en la que las ideas personales todas constituyen partes integrantes, y en la que ella no es sino una integrante más del conjunto social. Cada una de esas ideas, como hemos dicho, es el resultado de la experiencia de todos nosotros y de todas las personas que hemos conocido, es simplemente el aspecto especial de nuestra idea de la humanidad.

Para muchas personas resultaría místico decir que los individuos, tal y como los conocemos, no se pueden separar unos de otros ni son mutuamente exclusivos, como los cuerpos físicos lo son, sino que lo que es parte de uno puede también serlo de otro, y que se pueden interpenetrar de modo que el mismo elemento pertenezca a diferentes personas en diferentes momentos, e incluso al mismo tiempo, y sin embargo esto puede ser un hecho verificable y no muy abstruso. Los sentimientos que conforman la parte más vívida y grande de nuestra idea de una persona no son, por regla general, una parte peculiar o exclusiva de esa persona, sino que pueden al tiempo formar parte de otras personas también. Están, por decir así, en un punto de intersección de muchas ideas personales, y pueden alcanzarse a través de cualquiera de ellas. No solamente Philip SIDNEY, sino otras muchas personas nos evocan el sentido del honor, e igual ocurre con la gentileza, la magnanimidad, etc etc. Quizás esos sentimientos no sean exactamente los mismos en diversos casos, pero son suficientemente cercanos como para actuar del mismo modo en nuestras motivaciones, que es el elemento principal desde el punto de vista práctico. Cualquier rostro amable despertará sentimientos amistosos, cualquier sufrimiento de un niño despertará la lástima, y el gesto valiente inspirará respeto. Un sentido de la justicia, como algo que el hombre tiene en su fondo, forma parte potencialmente de la idea de cada hombre de los que yo conozco. Todos estos sentimientos son el producto acumulativo de la experiencia social y no pertenecen exclusivamente a ningún símbolo personal.

...../.....

El yo social es simplemente una idea, o un sistema de ideas, extraído de la vida comunicativa, que la mente abraza como si fuera suyo propio. El sentimiento del yo tiene su principal campo de acción *dentro* de la vida general, no al margen de ella; su principal tendencia y acción, que es la emocional, encuentra su campo fundamental de ejercicio en el mundo de las fuerzas personales, que queda reflejado en la mente a través del mundo de las impresiones personales.

Al estar conectada con el pensamiento de las otras personas, la idea del yo es siempre una consciencia del aspecto peculiar o diferenciado de la propia vida de uno, pues esa vida es la que debe proteger todo propósito y todo trabajo propios, y en sus formas más agresivas tiende a aferrar éstos a cualquier cosa que resulte a la vez agradable para las propias tendencias y diversa a las de los otros con quienes estamos en contacto mental. Es ahí donde es más necesario que cumpla su función característica de estimulación, de protección de aquellas variaciones personales respecto del plan general de vida. El cielo, dice SHAKESPEARE, divide

el estado del hombre en diversas funciones
desafiando al esfuerzo con el continuo movimiento

y el sentimiento del yo es uno de los medios por los cuales esa diversidad se logra.

De acuerdo con esta teoría, hallamos que el yo agresivo se manifiesta más visiblemente en la apropiación de aquellos objetos de común deseo, correspondiendo a la necesidad de poder sobre tales objetos que los individuos manifiestan para asegurar su propio y peculiar desarrollo, y con el riesgo de la oposición de las otras personas que necesitan también lo mismo. Y tal fenómeno se extiende de los objetos materiales, en el mismo espíritu, hasta dominar las atenciones y afectos de otras personas, en todo tipo de planes o de ambiciones, incluyendo los más nobles propósitos que la mente pueda albergar, y sin duda cualquier idea concebible que pueda aparentar formar parte de la vida de uno mismo y cuya función sea nuestra afirmación ante cualquier otra persona. Intentar limitar la palabra “yo” y sus derivados a los más bajos instintos de la personalidad es bastante arbitrario; el sentido común expresa con un enfático sentido del uso del “Yo” su conexión con el sentido del deber y otras motivaciones elevadas, y sería poco filosófico ignorar la función del yo como el órgano especializado en los objetivos más elevados como los más bajos de actividad.

Que el “Yo” que usamos en el habla común tiene un significado que incluye algún tipo de referencia a otras personas es algo implícito en el hecho de que el mundo de las palabras y las ideas que representan, son fenómenos del lenguaje y de la vida comunicativa. Es dudoso si sería posible usar el lenguaje sin pensar más o menos concretamente en alguien más que nosotros mismos, y ciertamente las cosas a las que damos un nombre y que tienen un lugar extenso en el pensamiento reflexivo, son casi siempre aquellas que se imprimieron en nosotros por el contacto con otras personas. Donde no existe comunicación no pueden existir los nombres y no se desarrolla el pensamiento. Lo que llamamos “yo”, “mío”, “mí mismo” es, por tanto, algo que no está separado de la vida general, sino que es la parte más interesante de esa vida, y cuyo interés surge del hecho de que es a la vez general e individual. Esto es, cuidamos de esa parte porque es aquella fase de la mente que vive y se mueve en la vida común, intentando imprimirse ella misma en las mentes de los otros. “Yo” es una tendencia social militante, que trabaja para asumir y agrandar su lugar en la corriente general de tendencias sociales. Mientras pueda, procura crecer, como hace toda vida. Pensar en el “yo” como elemento separado de la sociedad es un absurdo patente, que nadie afirmaría si realmente lo viera como un hecho de vida.

Der mensch erkennt sich nur im Menschen, nur
Das Leben lehret jedem was er sei

(El hombre sólo se conoce a sí mismo en los hombres, sólo
la vida enseña a cada uno lo que él es.)

(GOETHE, *Tasso*, act. 2, esc. 3)

Si una cosa no tiene relación con otras personas de las que somos conscientes es poco probable que la consideremos con el pensamiento, y si pensamos algo sobre una cosa no podemos, me parece a mí, considerarla como claramente *nuestra*. El sentido apropiativo es siempre una sombra, por así decir, de la vida común, y cuando tenemos tal sentido es siempre en relación con la vida común. Así, si pensamos que una parte escondida del bosque es “nuestra”, es porque creemos también que los demás no van hasta allí. Con respecto al cuerpo, dudo que si tenemos un sentimiento de propiedad fuerte de alguna parte del mismo no sea pensando precisamente, aunque sea de forma vaga, en alguna referencia real o posible a alguien más. La autoconciencia más intensa surge siempre acompañada de experiencias o instintos que la conectan con el pensamiento de los otros. Los órganos internos, como el hígado, no los pensamos como peculiarmente nuestros a menos que

estemos intentando comunicarnos con alguien con respecto a ellos, como, por ejemplo, cuando nos dan algún problema e intentamos compartirlo.

“Yo”, por tanto, no es una cosa exclusiva de la mente, sino una porción central, vigorosa y bien urdida de ella, no separada del resto, sino que gradualmente va fundiéndose con él, y que sin embargo tiene una cierta distinción práctica, de modo que un hombre generalmente muestra bien con su lenguaje y su conducta lo que su “yo” es, diferenciándolo de pensamientos de los que no se apropia. Podemos pensar en él, como se ha sugerido, bajo la analogía de un área central coloreada en una pared iluminada. Puede también, quizá con más justicia, que lo comparemos con el núcleo de una célula viva, no del todo separado de la materia que le rodea, de la cual se ha formado, pero más activo y definitivamente organizado.

La referencia a las demás personas que implica el sentimiento del yo puede verse distintiva y particularmente, como cuando un niño se siente avergonzado al ver que su madre le ha pillado haciendo algo que ella le había prohibido, o puede ser vaga y general, como cuando nos sentimos avergonzados por hacer algo ante nuestra propia conciencia, que ésta, expresando su sentido de responsabilidad social, detecta y desapruueba; pero siempre estará ahí. No hay sentido del “yo”, sea de orgullo o de vergüenza, sin su correlativo sentido del “tú”, o de él, o de ellos. Ni siquiera el avaro regodeándose ante su oro escondido puede sentir ese “mío” si no fuera al tiempo consciente del mundo humano sobre el cual tiene él un poder secreto, y el caso es similar para todo tipo de tesoro oculto. Muchos pintores, escultores y escritores han deseado mantener su trabajo alejado del mundo, reclusándolo en aislamiento hasta haberlo terminado completamente, pero la delicia en ése, como en todos los secretos, depende del sentido del valor de lo que se esconde.

He señalado antes que pensamos en el cuerpo como nuestro “yo” cuando ocurre que tiene una función o significación social, como cuando decimos “hoy tengo buena cara” o “yo soy más alto que tú”. Lo llevamos ante el mundo social, para esa ocasión, y es por eso que ponemos en él nuestra autoconciencia. Ahora bien, es curioso, aunque natural, que del mismo modo precisamente podamos llamar a cualquier objeto inanimado “yo” si identificamos con él nuestro propósito o deseo. Esto es muy notable en el juego, como en el golf o en el croquet, en los que la pelota es la encarnación de la fortuna del jugador. Así oiremos decir a un hombre “Ya estoy en el green en el hoyo número tres” o “estoy en posición delante del arco medio”. Igualmente un chico volando una cometa dirá “voy más alto que tú”, o uno

disparando a una diana declarará que se ha quedado a un pelo del centro de la misma.

En un muy amplio e interesante conjunto de casos, la referencia social adopta la forma de una imaginación bastante definida, de cómo el yo de uno mismo –es decir la idea que se haya apropiado- aparece en una mente particular, y el tipo de sentimiento del yo que uno tiene está determinado por la actitud hacia el mismo que atribuimos a esa otra mente. Un yo social puede llamarse por ello el yo reflejado o el yo espejo:

Each to each a looking glass
Reflects the other that doth pass

Uno frente a otro, espejos
al pasar son dos reflejos
(N. T.: permítaseme la libertad.)

Cuando vemos nuestra cara, nuestra figura, nuestro vestido en el espejo, y nos interesamos por ellos porque son nuestros, nos gustan o no según si responden o no a cómo deberían ser; así con la imaginación percibimos en la mente del otro el pensamiento de nuestra apariencia, de nuestras maneras, objetivos, obras, carácter, amigos, y así sucesivamente, y nos sentimos afectados por ellos según sean en cada caso.

Una idea del yo como ésta parece componerse de tres elementos principales: la imaginación de nuestra apariencia para la otra persona; la imaginación de su juicio sobre esa apariencia, y algún tipo de sentimiento propio, como por ejemplo el orgullo o la mortificación. La comparación con un espejo difícilmente sugiere el segundo elemento, el juicio imaginado, que sin embargo es bastante esencial. La cosa que nos mueve a orgullo o vergüenza no es la mera reflexión mecánica de nosotros mismos, sino un sentimiento imputado, el efecto imaginado de esa reflexión en la mente de otra persona. Esto es evidente por el hecho de que el carácter y forma de ser de esa otra persona, en cuya mente nos vemos, es el que marca la diferencia en nuestro sentimiento. Nos sentimos avergonzados de huir en presencia de un hombre directo, o cobardes en presencia de un valiente, o groseros a los ojos de uno refinado, y así sucesivamente. Siempre imaginamos, y al imaginar, compartimos, los juicios de las otras personas. Un hombre se jactaría de una acción suya ante otro –por ejemplo una cruda transacción de negocios-, la cual le avergonzaría confesar a otro.

Debe ser evidente que las ideas que están asociadas con el sentimiento del yo y que forman el contenido intelectual del yo no pueden verse cubiertas por una simple descripción, como cuando decimos que en él, el cuerpo supone una porción, los amigos otro tanto, los planes otra, etc, sino que existen variaciones infinitas según los temperamentos y los entornos particulares. La tendencia del yo, como todo aspecto de la personalidad, expresa factores hereditarios de largo alcance y factores sociales, y no puede ser entendida o predicha excepto en conexión con la vida general. Aunque especial, de ningún modo se separa –la especialización y la separación no sólo son diferentes sino contradictorias, pues la primera implica la conexión con un todo-. El objeto del sentimiento del yo se ve afectado por el curso general de la historia, por el particular desarrollo de las naciones, de las clases, de las profesiones, y por otras condiciones de este tipo.

RESUMEN

El autor recorre los conceptos categoriales de la comunicación, el pensamiento y la formación de la persona ofreciendo profundas meditaciones sobre los mismos. Establece la dependencia entre pensamiento y comunicación, así como la influencia decisiva que la comunicación tiene en la formación de la inteligencia. Muestra que el yo es un fenómeno imaginario y además su naturaleza es especular.

Palabras clave: comunicación e identidad, el yo espejo, grupos primarios e identidad, pensamiento y sociedad.

ABSTRACT

The author analyses categories such as communication, thought, person-growth, offering deep insights about them. He establishes the dependency between thought and communication, as well as the decisive influence of communication in intelligence development. He shows the mirror-like nature of the self and its imaginary nature.

Key words: communication and identity, the mirror self, primary groups and identity, thought and society.

RÉSUMÉ

L' auteur parcourt les catégories comme la communication, la pensée, la formation de la personne, en offrant des profondes réflexions. Il établit la dépendance entre la pensée et la communication, ainsi que l' influence décisive de la communication sur l' intelligence humaine. Il montre la nature imaginaire du soi, et son essence spéculaire.

Mots clé: communication et identité, le moi-miroir, groupes primaires et identité, pensée et société.